

CERCA DE SAMUEL AMELL  
(UNA NECROLÓGICA Y UN COROLARIO)

JOSÉ-CARLOS MAINER  
Universidad de Zaragoza

Mis amigos de *España Contemporánea* han querido que, al frente de este último número de la revista (que he codirigido a lo largo de los tres lustros de su trayectoria), se reproduzca la nota necrológica que publiqué en el diario *El País* (7 de enero de 2013), bajo el título de “Samuel Amell, tenaz adalid del hispanismo”. Como aquel marbete un tanto grandilocuente (aunque no inexacto) fue obra de la redacción del periódico madrileño, me he permitido restituir aquí el título mucho más lacónico que yo envié. Y he querido añadir al final de la transcripción de esta nota un corolario más personal. Estas fueron mis líneas de enero de 2013:

SAMUEL AMELL (1948-2012)

El 28 de diciembre del año pasado murió el profesor Samuel Amell en Columbus (Ohio), en cuya universidad estatal hizo la mayor parte de su carrera como Profesor de Literatura Española. Había nacido en Madrid pero cursó los estudios de Letras en Estados Unidos, bajo la dirección del profesor exiliado Germán Bleiberg.

*Escribió un notable y madrugador libro, La narrativa de Juan Marsé (1984), y dedicó años y esfuerzo a la composición de The Contemporary Spanish Novel. An Annotated, Critical Bibliography, 1936-1994 (1996). Pero el último decenio de su vida no fue nada fácil y quedaron en forma de artículos o conferencias lo que podían haber sido*

*nuevos libros sobre su campo de trabajo predilecto: la novela y el cine de los últimos cincuenta años. Mucho tiempo y desvelos había dedicado antes a la organización de tres reuniones que fueron muy significativas: Spain in the Eighties reunió en la Ohio State University a escritores, críticos, profesores, editores y gestores culturales en un primer balance de la cultura de la Transición cuyas actas se publicaron en inglés (1990) y en castellano (La cultura española en el posfranquismo, Playor, Madrid, 1988), a su cuidado y al de su compañero de Departamento, Salvador García Castañeda. En 1990 (España frente al siglo XXI) y en el año 2000 (España en el siglo XXI) la convocatoria de Columbus se repitió, con muchos más asistentes y un rotundo éxito.*

Eran, sin duda, otros tiempos... Había fe en la iniciativa pública (el incipiente Instituto Cervantes y el ya extinto Centro de las Letras Españolas ayudaron poderosamente al logro), certidumbre al respecto de la representatividad de la cultura española y, sobre todo, la convicción de que, cuando se habla de ello, el conflicto (ya fuera de género, de nacionalidad, de opinión política o estética...) sólo es un acicate más de la inteligencia crítica.

*En 1988 Samuel Amell había logrado la creación de una revista, España Contemporánea, que todavía subsiste. Nació cuando se confirmaba la decantación del hispanismo norteamericano por las letras del presente, como mostraron otras publicaciones más o menos coetáneas: Letras Peninsulares y Anales de Literatura Española Contemporánea, entre ellas. Por todo esto, en calendas inciertas, dominadas por la cultura del recorte y la sombra de las desconfianzas, el recuerdo de la ejecutoria de Samuel Amell no puede hacerse sin nostalgia y gratitud. Dos sentimientos que comparten, sin duda, los numerosos amigos que Alma y Samuel Amell hicieron a un lado y otro del Atlántico.*

---

“Nostalgia y gratitud”, leo en las líneas que he transcrito. Pienso que los empeños de Samuel Amell lograron buena parte de sus objetivos, pero que seguramente hoy ya son irrepetibles la mezcla fecunda de convicción, voluntad y generosidad (compartidas por muchos otros) que los hizo posibles. Unas y otras actitudes y disposiciones correspondieron a una concepción de la vida universitaria más abierta y quizá menos cauta y burocratizada y, sobre todo, a dos experiencias históricas paralelas: por un lado, a la reforma y replanteamiento del papel de los estudios hispánicos en la Universi-

dad norteamericana; por otro, a la febril construcción en España de una *sociedad literaria* más crítica, densa, profesionalizada y variada en el largo tiempo final de la Transición política en España.

No fue casual que en aquellas reuniones de 1985, 1990 y 2000 se hablara tanto de novela y de cine (los dos géneros más renovados), aunque también se hiciera del papel de la poesía y de la renovada emergencia del ensayo y de otras formas de literatura personal (diarios y dietarios). En las aulas, en los pasillos o en los propicios bares *after hours* de Columbus, latía el mismo propósito de acomodar nuestra digestión personal de aquellos cambios al ritmo acelerado que los traía y a la “legalización” (permítase el uso no siempre metafórico del término) de modos de encarar la vida que habían carecido de visibilidad suficiente hasta entonces: el feminismo, la homosexualidad, la disidencia política radical, las esperanzas de utopías o el escepticismo absoluto... Y todo esto sucedía a la vez que se produjo la recepción americana y su peculiar modulación de los *Cultural Studies*, que colocaban el estudio de aquellas conciencias emergentes en el centro mismo de unos programas académicos todavía convencionales y que, pese a lo vigoroso y notable de su tradición del hispanismo norteamericano, ocupaban todavía un lugar subalterno en las grandes universidades.

La generosidad de Samuel Amell quiso que yo ejerciera el papel de sintetizador de tendencias (y quizá de augur) en las sesiones de apertura de los tres congresos de Ohio. En los dos primeros, mis intervenciones iniciales (“1975-1985: los poderes del pasado” y “1985-1990: cinco años más”) quise poner de relieve la relectura del doloroso pasado reciente por parte de las letras españolas y el surgimiento de una poderosa corriente de intimismo caviloso y de hedonismo privado que parecían dominar el ámbito del momento. Alguien me apuntó, en el primer caso, que mi análisis dejaba fuera la recuperación de formas populares: la renovación del flamenco y su capacidad de mestizaje cultural, que se ha confirmado, y la revitalización de lo taurino, aunque no supiéramos entonces que aquello era el penúltimo estertor de la fiesta. En la segunda conferencia, se me hizo constar de forma reivindicativa el manifiesto desequilibrio del número de escritores varones que yo mencionaba frente a la exigüidad de la nómina de escritoras aludidas. Cuando en el otoño del año 2000 expuse mi última intervención (titulada “El peso de la memoria y la imposibilidad del heroísmo en el fin de siglo”), me centré en el ensayismo político y otras formas afines, que habían intentado establecer el balance de una Transición que ya terminaba, entre el

ocaso inevitable del llamado “felipismo”, las ganas de revancha de quienes llegaban al poder y, como más destacado fenómeno intelectual, la rebeldía y la denuncia ante la siniestra y contaminante presencia del terrorismo en los últimos treinta años de vida colectiva. Y nuevamente se echó de menos por algún participante la presencia de las voces periféricas y no fueron pocos los que vieron excesivamente benévolo mi diagnóstico de los tres lustros de experiencia socialista.

El lector advertirá que, en cada caso, el ponente y sus contradictores trazábamos de consuno un mapa aproximado de lo que se estaba produciendo. Establecer una topografía más detallada (y relacionarla con siglo y medio de pasado cercano) fue precisamente el motivo de la aparición de *España Contemporánea. Revista de Literatura y Cultura*, cuyo primer número (invierno de 1988) llevaba un breve texto, “A modo de presentación”, que discutimos y escribimos, como sus directores, Samuel Amell y yo mismo. Quiero recordar que defendíamos allí la naturaleza interdisciplinaria y la capacidad integradora de la *historia de la literatura* y que acotábamos, como área de nuestro futuro trabajo, la “difícil contemporaneidad española desde 1808 hasta nuestros días”. Y nos atrevimos a subrayar que aquel pasado próximo había producido “una cultura de alcance universal, pero cuya raíz es más moral que filosófica y científica, y cuya moralidad estriba más en la pelea de la intuición con la realidad que en el establecimiento de normas. Y que esa cultura española es, sin duda, más nacionalista que universal y quizá más etnocentrista que nacionalista incluso. Pero es una cultura que se ha interrogado sobre su propia legitimidad con gran fecundidad estética, aunque este ensimismamiento la haya hecho casi muda en otras áreas de la actividad humana”.

El posterior despliegue de la revista ha reducido, en parte, el amplio lapso temporal que nos proponíamos abarcar para fijarse más en la contemporaneidad estricta, lo que seguramente era inevitable reflejo del rumbo de los estudios académicos, obsesionados por una actualidad tan llamativa como difusa a veces. Pero la convicción de aquel programa inicial persistió y pienso que se reflejaba de forma muy patente en el sumario de aquel lejano primer número, donde figuraba el valioso elenco de directores adjuntos y de consejeros, cuidadosamente elegidos y entre los que, a la fecha, se han producido ya ausencias dolorosas (Sergio Beser, Pilar Miró e Ignacio Soldevila).

Volvamos sobre aquellas páginas donde, por vez primera, las iniciales en rojo (EC) campeaban sobre una llamativa cubierta amari-

lla, como siempre sería. Por muchas razones quisimos que ocupara las primeras páginas un trabajo de un verdadero maestro de todos, Gonzalo Sobejano, “La novela ensimismada (1980-1985)”, que sigue siendo una reflexión y un rótulo de referencia, veinticinco años después de su aparición; lo escoltaban sendos artículos de Jesús Rubio Jiménez sobre la crítica teatral de Ramón Pérez de Ayala, de Carlos Rojas sobre las imaginaciones de Salvador Dalí y una “Breve historia del cine español desde sus comienzos hasta la muerte de Franco”, de Pilar Miró. Donald L. Shaw nos proponía una revisión de la bibliografía reciente sobre el XIX español, “From Romanticism to the 98”, provocativa e inteligente como suya, y Samuel Amell ofrecía una oportuna “Conversación con Antonio Buero Vallejo”, quien todavía ejercía como indiscutible decano moral del teatro español desde sus resonantes estrenos de los decenios de los cincuenta y los sesenta. Las “Notas”, por último, agrupaban una sobre la metaficción en las últimas novelas de Juan Goytisolo, obra de Randolph D. Pope; una sugestiva lectura de *Fortunata y Jacinta*, por Noël Valis, y un repaso de la reciente bibliografía sobre Ramón J. Sender, trabajo de uno de sus primeros exégetas norteamericanos, Charles F. King. Las reseñas —firmadas casi todas por profesores de Zaragoza y Columbus— traían a colación una actualidad literaria muy significativa: los testimonios personales de Vicente Aleixandre, recogidos por su fiel José Luis Cano (*Los cuadernos de Velintonia*), y por su epistolario; sendos análisis de la *Teoría de Cataluña*, de Joan Perucho, y de *El rompecabezas nacional*, de Amando de Miguel, que eran tributo a la actualidad de la preocupación identitaria, o el estudio de Laureano Bonet sobre la revista barcelonesa *Laye* y sus jóvenes creadores entre 1950 y 1954.

Quizá el mejor resumen de aquel sumario podría ser el mandato de revisar el pasado desde el presente, sabedores de lo que tiene de legado pero convencidos de lo que alberga de reto hacia un futuro inevitablemente distinto. Y ahora, en tiempo de despedidas, vale la pena recordar con gratitud y nostalgia (de nuevo) lo mucho que la reflexión, el trabajo y la cordialidad de Samuel Amell hicieron posible.

BLANK PAGE